

Veinte años después o la «novela familiar» de la crítica literaria

Veinte años de crítica son suficiente, y no lo son tanto, para intentar un juicio —por momentos provisional: no somos escribas de la historia— de un panorama complejo por la profusión de elementos que lo constituyen y por la contradicción que los anima. Pero, si se quiere, este panorama —sus líneas de inflexión— desmiente un criterio que tradicionalmente se aplica a la evaluación de la crítica literaria y de su historia. Se dice que una crítica es subsidiaria de una literatura. En términos crematísticos, a mejor producción literaria, mejor producción crítica. Esta economía del equilibrio y la simetría no preside el panorama que intentamos diseñar; por el contrario, por momentos la invierte y la contradice: tomada como *corpus* cuya homogeneidad —imaginaria sin duda— está dada sólo por el nombre: crítica literaria (nadie definiría el trabajo crítico después de Walter Benjamin como crítica al estilo kantiano, sino como ensayo y esto genera ficciones: el ensayo no es un género, por lo menos no es un género de escritura, es casi, nos atrevemos a decirlo, un género de lectura: el ensayo es una nominación desviada, una nominación de otro, una nominación-otra) evidencia en su estudio los siguientes rasgos que tomamos como ejes de nuestra lectura:

—la ubicación política e ideológica de los críticos no congrúe totalmente con sus modelos teóricos y con su práctica crítica. El caso Borges es paradigmático y ejemplar para los críticos argentinos;

—la sofisticación creciente de los «modelos teóricos» y de las metodologías de análisis a partir del estructuralismo, el postestructuralismo, el desconstruccionismo y su posterior y actual deflación. Las teorías mayores

que influyeron en la generación inmediatamente anterior fueron el marxismo (David Viñas, Ramón Alcalde, Noé Jitrik), el psicoanálisis (Germán García y contemporáneamente Luis Gusman, Sara Glassman, Jorge Jinkis, Juan Ritvo: entre Freud y Lacan);

—la modificación consecuente del propio discurso crítico: la crítica es ahora crítica y metacrítica, es «crítica» y «ensayo», es su propia evaluación y al mismo tiempo, refugiándose en el estilo indirecto, pretende arrancar a la literatura su bien máspreciado: ser ella misma una *bella escritura*;

—el concepto de crítica como juicio valorativo y estimativo se ha disuelto progresivamente reemplazado por los de lectura, interpretación, entrada, con el intento de destituir una crítica positivista, unitaria y dogmática. En esta encrucijada se tejen las conflictivas relaciones entre la Crítica y la crítica universitaria y sus personajes: los críticos y los profesores;

—los fenómenos políticos que se produjeron en nuestro país —caída del gobierno institucional, la así llamada «guerra sucia»: la dictadura, persecución y escarnio— que despobló los claustros universitarios y ahogó la posibilidad del pensamiento crítico, permitió, curiosa y muy sutilmente, la emergencia lenta pero fundamental de una crítica resistente. La generación que consideramos es producto de esa crisis.

La transmisión de la literatura en la Argentina es un campo muy extenso, por lo que habría que establecer ciertas limitaciones y definir algunos presupuestos de orden teórico. El problema que nos ocupa no puede ser separado de la totalidad de la enseñanza instituida en nuestro país a través de políticas pedagógicas, ya sean estas manifiestas o implícitas. La institución escolar, como aparato ideológico del Estado, fue considerada en los últimos años como una rémora del pasado, como funcional y finalista, y entró en una fuerte burocratización y estagnación de los subsistemas que la integran. Esta magnificación burocrática se revela a través de una enredada y compleja organización donde coexistentes lógicas de funcionamiento diversas y antagónicas: la fijación de objetivos en cada uno de los sistemas —primario, secundario, terciario, universitario— es siempre motivo de reformulación sin lograr alcanzar una definición global. Este problema es el caldo de cultivo de un conflicto más grave y estructural: la dificultad de definir el estatuto de la literatura en la circulación de la semiosis social y el problema cualitativo de su enseñanza: para qué y por qué se enseña la literatura y, más profundamente, si ésta es enseñable. En esta perspectiva, la institución, y, dentro de ella, la así llamada crítica literaria, tienden a considerar a la literatura como un hecho ritualizado de la semiosis social que merece un estudio específico sobre bases ideológicas contradictorias: la literatura es un bien simbólico fundamental para la cultura burguesa pero, simultáneamente, su relación excedentaria con los servicios producti-

vos de la sociedad la hace sospechosa. Si la literatura es ajena al servicio productivo de una sociedad, la crítica aparece como un discurso excéntrico y superfluo. La literatura definida como práctica social —práctica de escritura en la que se tejen el desplazamiento de las tramas sociales y que ocupa un espacio «intersticial» en el interior de las formaciones sociales que rechaza definiciones inmutables y, por momentos, cualquier clase de definición— resituándose continuamente en relación a conceptualizaciones y funciones que la historia fáctica y textual le formula y le asigna: moral, retórica, educativa, significativa, decorativa, exortativa, etc., estableciendo un condensado ideológico en el marco del imaginario social y del sistema de producción. El discurso literario no es histórico por el solo hecho de depender de la cronología fáctica o porque se lo someta a la linealidad causal evolutiva de un exterior, sino precisamente porque exhibe tanto una situación inestable, sobredeterminada por la repercusión ideológica y por la censura que la sociedad le impone, como por el «valor de utilidad» o de «excrecencia» que se le asigna dentro de la circulación de la semiosis social: la institución y las prácticas de escritura.

La transmisión de la literatura en el campo universitario —este espacio generaría la así llamada crítica académica—¹ debe ser considerada desde la perspectiva de un lugar (*topía*) y un tiempo (*cronía*) resignificados por la historia. En un régimen de gran subordinación o de rigurosa autonomía, según sea el caso, el sistema literario se coordina en relación a una concepción de su propia diacronía y, simultáneamente, en relación con la del discurso de la historia y el de la hagiografía nacional en vigor. Por otra parte, la transmisión como enseñanza implica siempre una domesticación, en tanto que la práctica pedagógica constituye uno de los medios más poderosos de socializar e institucionalizar lo literario. En un nivel más abstracto, el discurso pedagógico y la literatura entran en colisión. Si la práctica literaria es concebida como un espacio de producción significativa, «como escritura»², toda tentativa para hacerla legible acordándola a la legalidad del lenguaje comunicativo, subordina el acto de leer a una operación de dominación del sentido y, subsecuentemente, a una reducción ideológica del objeto de escritura. Una sociedad escandalizada por el «despilfarro» lógico y significativo de los discursos que se rigen por su determinación semiótica obliga a estas producciones simbólicas —cuando no las excluye o las ignora— a «decir algo», «alguna cosa» disimulando a través de la naturalización de la lectura hermenéutica³ aquello que constituye un fenómeno eminentemente ideológico.

Para descubrir este *camouflage* cultural, social y político el problema consistiría en responder a la pregunta: ¿qué se dice cuando se habla de literatura? y si este objeto es pasible de un estudio «científico»⁴.

¹ Dos rasgos que podrían definir la «crítica académica»: uno, la pretensión de eliminar la diferencia entre los géneros, de procedencia semiótica: la diferencia y las relaciones entre los discursos sociales; el otro, el intento de regirse por «leyes» y «axiomas» propios de las ciencias sociales en su intención de validación, y por momentos —sueño fastuoso— de las ciencias duras: relación entre racionalidad e intuición, entre conocimiento y saber, entre discursos sistemáticos y discursos flous, la idea lógico-matemática de la indiscernibilidad y de «ambigüedad lógica» para definir el discurso literario. No podemos dejar de señalar que la ciencia y las matemáticas se ven imantadas por ciertos rasgos de la literatura: su indeterminación lógico-semántica y la variabilidad constante de esa indeterminación.

² En la secuencia teórica que incluye a Blanchot, Barthes, Kristeva o incluso, como praxis social en la línea de Bajtin-Voloshinov.

³ Nos referimos genéricamente a la práctica ideológica de la lectura que presupone un «sentido profundo» en la llamada «obra literaria».

⁴ El intento de cientificidad de la crítica literaria marcó a críticos argentinos de envergadura como Walter Mignolo, profesor en Estados Unidos. Decía en 1970: «Lo literario se define por un conjunto de motivaciones (normas) que hacen posible la producción y recuperación en cuanto estructuras verbo-simbólicas en